

nuevo pueblo en Icona que erige trofeos de sus humillaciones. Antes se cansaban sus enemigos de ultrajarle que él de sufrir los baldones de quienes era el objeto. *Signa Apostolatus in patientia* (1).

A nuevos contratiempos, nuevos prodigios de paciencia. No, grande Apostol, no sabes degenerar de tu heroísmo. Una guía infiel te aparta del camino que debes seguir. Por entre abrojos y espinas te mete en un camino contrario é impenetrable. Poco satisfecho con haber engañado tu vista, se atreve á burlarse indiscretamente de tu credulidad. Mas ¿que es lo que veo? ¡O prodigiosa mudanza! Tu paciencia es la que la hace reflexionar sobre ello. Confundido con su duplicidad, se rinde á tus discursos, y aquel que habia sido el apoyo de la heregía viene á ser el rayo y el azote de ella. *Signa Apostolatus in patientia.*

Deseosa la heregía de reparar sus pérdidas meditaba un golpe decisivo. Intentó armar á unas manos venales, prometiéndose de este modo ver acabar por un camino extraño al único hombre que era capaz de detener la rapidez de sus progresos. ¡Vanos esfuerzos! pues aunque tronaban las nubes, no podía descender el luminoso rayo. Lo que hay que admirar es el ver á los pies de Domingo á aquellos mismos hombres que se habian empeñado en quitarle los dias de su vida. Me parece que les estoy viendo hacer una

(1) II. ad Cor. 12. 12.

sincera confesion de su delito. Admiradores de su paciencia, fueron muy en breve conquistados de ella. *Signa Apostolatus in patientia.*

¿No es preciso, señores, que despues de tantas tormentas se siga una preciosa y constante calma? No por cierto: aquellas contradicciones se aumentaban al parecer á proporcion de lo que se extendia su zelo. España, Francia é Italia veían con el mismo ardor las propias maquinaciones. Mas ¿para que me canso? una delicada empresa fué causa de que se encendiese contra él el furor de una infinidad de envidiosos enemigos.

Hablo de aquellas vírgenes á quienes una inconsiderada juventud, mas bien que el espíritu de Religion, las habia hecho entrar á ser los enemigos de la clausura. La reflexion las encaminaba al mundo que habian dexado por ligereza. La reclusion es un suplicio quando no sabe el fervor dulcificar su amargura. La ciudad de Roma observaba á aquellas dispersadas palomas que se sacudían y sobrellevaban un yugo tan pesado, valiéndose de una escandalosa libertad. Quejábase aquella capital, con razon, al ver que no habia ya en sus monasterios lo que aquí nos hace admirar tanto; quiero decir, la humildad sincera, la penitencia sin afectacion, la piedad constante y el precioso conjunto de todas las virtudes. El entrarse en el claustro parecia ser únicamente un privilegio con el qual pudiesen dar mas libre curso á sus pasiones.

Semejante desorden excitó el zelo de los soberanos Pontífices. ¿A quien os parece que confió Honorio esta reforma tan difícil quando intentó expresamente detener aquella multitud de abusos? A *Domingo*: pero lo mismo fué hablar éste que suscitarse mil inconvenientes contra su delicado proyecto. Los amigos que tenían interés en que no se ejecutase, y los poderosos que protegían aquel desorden, se levantaron contra él con mil protestas y amenazas. Como criminales defensores de una libertad tan fatal, declaraban su empresa por una temeraria violencia. Empezaron á murmurar de él, y asestándole los venenosos tiros de su encono, formaban mil detestables designios. ¿Y que es lo que hizo nuestro Santo? Moderado siempre y guiado por la dulzura intentó, premeditó y executó lo que quería. Me parece que estoy viendo á sus enemigos en la precision que se hallaron de conceder al heroismo de la paciencia la victoria que habian disputado á la actividad de su zelo. *Signa Apostolatus in patientia.*

De este modo es, christianos oyentes, del que se valió *Domingo* para defender y apoyar la gloria de su Dios por medio de los prodigios de caridad, de sabiduría y de paciencia. Y ved ahí justamente á lo que yo llamo trabajos del predicador. Veamos en lo que resta como procura Dios la gloria de nuestro Santo, en cuya dicha se refunden los sucesos del Apostol.

PUN-

PUNTO SEGUNDO.

Los sucesos mas lisongeros á que el hombre puede aspirar, no creo yo que consistan en otra cosa que en tener á sus enemigos por panegiristas, al universo entero por admirador y á la eternidad de los siglos por garante de sus triunfos. Así es, ó gran Dios, como coronais el mérito de vuestros Santos: así como se cumplen vuestros oráculos. Siempre estais vos atento para adquirir la gloria de aquellos que procuran la vuestra. *Quicumque honorificavit me glorificabo eum* (1).

No me valdré yo de otra idea para acabar el elogio de *Domingo*. Sucesos confesados por sus enemigos: admirados por todo el universo; y permanentes en todos los siglos. Tal es la recompensa de sus trabajos, y tal el nuevo colorido con que demuestro su retrato.

¡Quan sólida y resplandeciente es aquella gloria que hasta los propios enemigos no pueden menos de confesar! Aquellos hombres á quienes con especialidad separa de la Iglesia el cisma, no quieren testificar facilmente el mérito de un Apostol, que únicamente debe su gloria á costa de su confusion. Interesados en degradarle, rebajan muchas veces las virtudes que tiene, y le suponen vicios que no conoce. Mas facil es vencer á los hereges que hacerlos confesar su vencimiento. La vergüenza que les causa, excita su furor. Audaces

X 3

has-

(1) I. Reg. 2. 30.

hasta en la humillacion, encuentran siempre en la oposicion de los sentimientos un especioso pretexto para no aplaudir los sucesos del vencedor. El decir, pues, en honor de *Domingo*, que en sus mayores enemigos tuvo los panegiristas de su gloria, es lo mismo que hacer ver logró una alabanza poco comun, y cuya dicha es raro el hombre que la consigue.

El Apostolado de nuestro Santo fué señalado con infinitos prodigios. Veía la heregia sus milagros y no los creía. Ciega por interés, no queria reconocer estas divinas pruebas sino como obra de la impostura. Por lo mismo era necesario que ella misma sentenciase contra sí propia. Y era preciso tambien, que engañada en sus esperanzas se acarrese el precipicio al mismo paso que creía llevar á él á su enemigo.

Aquí, señores, me parece estar viendo en *Domingo* otro Elías, y renacer con los Albigenses los adoradores de Baal. ¡Que conformidad tan preciosa! Elías observó que se rebelaba el pueblo á sus discursos, y se dividia en partidos sobre la certeza de la Religion. Piensa terminar las diferencias, formando un proyecto atrevido y digno de su zelo. Recibióse este y se aplaudió. *Optima propositio* (1). Dispónense dos sacrificios y se prepararon otras tantas víctimas. Aquella á quien consumiese el fuego debia decidir entre el Dios de Israel y Baal. Por fin, llegó el tiempo de exe-

(1) III. Reg. 18. 24.

executar el proyecto. ¡Que cosa tan admirable! Invocan los falsos profetas á Baal, y no les oye. ¡Divinidad impotente y obra de la supersticion! Permanece su víctima, y quedan corridos de vergüenza sus adoradores::: Pero aun mas admirable fué lo que sucedió con la otra. Dirige Elías sus súplicas al cielo, y este le oye. Empiezan á resonar los truenos, fórmase la tempestad, descende el fuego y consume la víctima, con lo que terminó la diferencia.

¡Milagro cierto, que renueva nuestro Héroe! Acordaos, señores, de aquella jornada tan fatal para los Albigenses en la que con vivas y aclamaciones de un augusto congreso triunfó la verdad del error. Ya creía la presuntuosa heregia que caminaba á la victoria. Por lo mismo insultaba al zelo crédulo del humilde *Domingo*. ¡Ah! bien pronto mudará ella de language: arrójanse dos libros en medio de las llamas: el uno contenia los pretendidos oráculos de la impostura, y el otro las sagradas verdades de la fé. Aquel á quien respetasen las llamas debia ser la condenacion del otro. Mas ¿que es lo que estoy ya viendo? El libro de los Albigenses fué reducido á ceniza. El de *Domingo* permaneció intacto. Se puede decir, que connaturalizado con las llamas, como formado con los ardores de la caridad, no podia recibir ningun daño del fuego. Yo admiro á Elías al ver que hizo baxar una llama del cielo para que produxese un milagro tan patente, y no me choca menos nuestro Santo quando por un

nuevo milagro obligó al fuego á que suspendiese su actividad.

Dudad ahora, ministros del error, dudad ahora todavía sobre que partido debeis abrazar. *Usquequò claudicatis in duas partes?* (1). No señores, yo no creo que puedan negarse á abrazar el partido de la verdad á vista de un prodigio tan patente. En efecto, cayó aquella funesta venda que alucinaba sus ojos. Disipóse la preocupación y se aumentaron las conquistas de la fe. Infinitas señales conformes anunciaban todas el suceso de *Domingo*. Aquellos mismos á quienes el orgullo ó el interés hacian permanecer en el seno de las tinieblas, se vieron obligados á reconocer en él un depositario del poder divino. Persuadidos, aunque sin convertirse, no les quedaba ya mas que el debil recurso de prepararle nuevos combates, que sirvieron de mayor aumento para la gloria de nuestro Héroe.

En vano anunció á estos hereges la triste suerte que les esperaba, con el fin de que se uniesen á la congregacion de los fieles; y en vano ofreció tambien á los ojos de su consideracion un arroyo de sangre en que se debia extinguir la desgraciada porcion que les habia quedado de su derrotado y fugitivo ejército. En los excesos de su furor desechaba la heregía con pertinacia la prediccion del profeta. Observaba reyes poderosos que se habian armado para su defensa; y el número de sus tropas mantenía su audacia. Ya tardaba

(1) III. Reg. 18. 21.

ba en manifestar su rabia y llevar por toda la Iglesia el fuego de la venganza. Preparóse á la accion delante de los muros de una plaza importante. Tampoco dudaba que nadie pudiera resistirla. Mas ¡ó gran Dios! ¡Quán bien la harás conocer, que eres el Dios de tu pueblo, y que sales por garante de la palabra de tus santos! ¡En vano se esfuerza el pueblo rebelde contra tu ley! Ataca á los impenetrables muros, y como pueblo á quien favoreces está seguro del vencimiento. El ir al combate es caminar á la victoria.

En efecto el oráculo de *Domingo* se cumplió. El ejército de los confederados, fué batido y destrozado, y sus horribles despojos cubrian todo el campo del combate. El triunfante ejército de las Cruzadas atribuyó á nuestro Santo toda la gloria del suceso, y hasta sus mismos enemigos no se la pudieron negar. Aun digo mas: su gloria se extendió por todo el Universo. *Nomen gloriae ejus usque ad extremum terræ* (1).

Todo el mundo parece que se interesa en las guerras de Religion; y como que todos los pueblos toman parte en la decadencia de aquella que no siguen, al paso que son muy zelosos para hacer triunfar la que abrazaron. ¿Que parte del mundo no participó de los sangrientos combates de que fué teatro la Europa durante el duodécimo siglo? El origen, los progresos y la ruina de los Albigenses, son unas épocas que á todas las naciones se las ha transmi-

(1) I. Mach. 14. 10.

mitido la historia fiel. El nombre del Héroe á quien coronó la Religion en aquellos turbulentos y horrorosos días, debe ser tan celebrado como la confusion de sus enemigos. ¿Que parage habrá donde no haya llegado la reputacion de *Domingo*? *Nomen gloriae ejus usque ad extremum terræ.*

Un acontecimiento esencial se presenta á mi consideracion, de tal suerte, que yo creo que debe asegurarse para siempre, ó el triunfo de la verdad, ó del error. Es un golpe único y terminante. La derrota debe ser irreparable y el suceso decisivo. Ah! representaos, pues, el peligro que amenazaba al ejército de Saul. Iba á rendirse á las victoriosas armas de los Filisteos. La presuntuosa audacia de Goliath parecia que anunciaba la próxima ruina de Israel. Pero un instante más favorable hizo mudar las cosas de semblante. Preséntase David animado con un noble ardor, y héroe casi tan pronto como guerrero, se aventuró á un combate desigual. El solo mantenía un reyno vacilante y poco seguro. Presentóse, obró y salió vencedor. Su gloria era la de toda la nacion.

¿No os manifiesta ya este paralelo la idea de la pintura que os debo delinear? Sin duda os figuraréis ya vosotros la triste situacion en que estaria el ejército de las Cruzadas. En efecto, ya parece que iba á encubrirse con la multitud de los Albigenses. Puesto al frente de los novadores el rey de Aragon, desafiaba como otro Goliath á los más valientes de sus enemigos. ¡O inesperada revolucion! Preséntase

Do-

Domingo como si fuera un David, y una indignacion santa excita en su corazon un heroísmo de zelo. En caso de que no pueda defender á la Religion con la fuerza de sus armas, la sostendrá con la sabiduría de sus consejos.

No tardó en levantarse el conde de Montfort, Machábeo verdaderamente de los christianos, prodigio de verdad, activo defensor de la Religion, atrevido en la grandeza de sus proyectos, prudente en conducir las empresas más delicadas, de un valor excesivo en los contratiempos, moderado siempre en la victoria, y en una palabra, terror de los enemigos y admiracion del mundo christiano. Mas ¿si lo creereis vosotros, christianos? Aquel héroe cuyas primeras conquistas fueron la admiracion de los más famosos guerreros, aquel héroe digo, no se quiso empeñar en los combates sino baxo los auspicios de nuestro Santo. Le parecia, que solo este podia asegurar el suceso de sus armas. De este modo repartieron entre sí Moysés y Josué la gloria del triunfo.

¡Que pintura tan admirable y edificativa me representan estos dos grandes hombres! El uno manda y el otro executa. El primero arregla y el segundo conduce. *Domingo* anima y Montfort combate. El uno infunde valor por la fuerza de sus discursos, y el otro le excita por la grandeza de sus ejemplos. El uno tiene en su mano la cruz y predica un suceso asegurado, y el otro muestra una sangrienta espada ofreciendo vencer ó morir. El Santo consigue la victoria por medio de sus oraciones,

nes, y Montfort la logra por la actividad de su valor; ó por mejor decir, *Domingo* es el único movil que hace obrar á Montfort. Este confiesa, que á la prudencia de aquel debe únicamente la derrota de un ejército de cien mil hereges. La verdad triunfaba por solo el predicador de ella. A él es á quien reconoce la Iglesia por su libertador. ¿Son menester, señores, otras pruebas para haceros confesar conmigo, que no tiene nuestro Santo por límites de su gloria sino los del Universo entero? *Nomen gloriæ ejus usque ad extremam terræ.*

¡Nuevas pruebas! ¡Ah christianos! Una infinidad de prodigios se presentan á mi memoria. Mas ¿como os les he de poder yo manifestar con aquel modo tan maravilloso que atrae sobre *Domingo* la confianza de los pueblos, el respeto de los prelados, la estimacion de los reyes y la admiracion de los soberanos Pontífices? Hablar á un mismo tiempo como los Apóstoles á los pueblos de diferentes naciones la lengua que entendian y que creían ser la de su naturaleza: penetrar los sentimientos del corazon y los mas recónditos secretos de las conciencias: percibir los faturos contingentes: anunciar los acontecimientos que debe acarrear la revolucion de los siglos; y, en fin, mandar á los elementos y sujetarles á sus leyes, son los menores milagros que fixan sobre *Domingo* todas las atenciones. En Florencia asombraba, conmovia y transportaba como un hombre que era el vencedor de las pasiones humanas, y que arrancaba con la fuerza de sus discursos del centro de la liviandad

á un sexò, cuyo ídolo era la luxuria. Un hombre á quien Francisco de Asís y Pedro Nolasco respetaban, admiraban é imitaban como eloqüente panegirista de María, que por una fórmula de oraciones, de que era el autor, parecia que animaba á todos los pueblos á que celebrasen con él la santidad, gloria y poder de la Madre de Dios. Un hombre á quien los demas le consideran sobre todo elogio y encarecimiento (aunque jamas se apresuren para seguir sus exemplos) como prodigio de desinterés, que creyendose muy dichoso en sostener los intereses de la Iglesia, reusaba con modestia los honores con que ella le queria colmar. Y, en fin, un Héroe christiano á quien sorprendida Roma escuchaba como un oráculo, y recibia como un profeta, por considerarle, digámoslo así, el árbitro de la naturaleza.

¡O Roma! ¡que parage para *Domingo*! Aquellos astros, cuyo resplandor habia alucinado á los crédulos y preocupados pueblos, venian muchas veces á eclipsarse en las célebres ciudades donde las luminosas censuras descubrian con facilidad los prestigios de la seduccion. Una corte acostumbrada á exâminarlo todo: una corte á quien siempre hace circumspecta en sus juicios el interés de la Religion: en Roma, donde no se extrañaban los falsos milagros contra los verdaderos: en Roma, donde no se lisongeaba sino á expensas de la verdad: en Roma, donde la menor santidad tenia que estudiarse mucho tiempo para ser con mas seguridad confesada; en Roma, en fin, donde no se reconocia al Apóstol sino quando se ele-

vaba sobre todas las pruebas del Apostolado, era donde brillaba y resplandecia la gloria de nuestro Santo. Ya habia visto aquella ciudad al Pontífice y Vicario de Jesu-Christo, cuya sublime eloqüencia habia aplaudido por los maestros de la predicacion y observó que Honorio III. habia colocado en el frontispicio de su obra el nombre de *Domingo*, como si con este homenaje hubiera querido reconocer en él el modelo de los predicadores. Como sabio intérprete de las sagradas Escrituras, habia ya admirado á Roma por la profundidad de su ingenio. Su zelo habia conseguido tambien á la fé las mas importantes conquistas. Tres muertos resucitaron á presencia del pueblo, de los Religiosos, de los Obispos, de los Cardenales y del mismo Papa: ved ahí, pues, los ilustres testimonios de su poder y los panegiristas de su virtud, que con eloqüentes voces publican su gloria, no digo yo en Roma, Italia, Francia, España y toda la Europa, sino en quantas partes contiene el mundo christiano. *Nomen gloriae ejus usque ad extremum terræ.*

En una palabra, concluiré con el rasgo mas brillante de este elogio. Los sucesos de *Domingo* son permanentes en todos los siglos. En este retrato que ha trazado el Espíritu Santo de aquel célebre Machábeo que hizo brillar su zelo para restablecer la exácta observancia de la ley, dando al templo su primer esplendor, y llenando al Universo del ruido de sus expediciones, con las que continuamente fueron gloriosos todos sus días, ¿que podré yo decir al ver que la gloria penetró las sombras de

de su sepulcro y mereció ser admirada en la posteridad mas remota? *Gloria ejus omnibus diebus* (1). ¿No os parece, señores, que en este magnífico retrato he representado el carácter de *Domingo*? Lo cierto es, que aquellos hombres que fueron el apoyo de la Religion, no solo no murieron, sino que aun viven despues que espiraron. Con mucha mas razon debe permanecer en todos los siglos la memoria de los héroes christianos que no la de los profanos. Dexémos á estos la frívola ventaja de vivir en su reputacion, y que se respete su gloria entre los herederos de su casa, á quienes muchas veces les sirve de demérito. En los primeros descubro yo un privilegio mas singular. Su espíritu se perpetúa de edad en edad, y observo que reviven en los hombres que son lo que ellos fueron, de tal modo, que se puede decir con verdad, que son unos otros sí mismos que á cada paso se reproducen y multiplican. *Gloria ejus omnibus diebus.*

Vuestros pensamientos, señores, me parece que se adelantan á mis palabras; ya creo que traza vuestra imaginacion el plan de una Orden que mas bien fué desde sus principios un renovado Apostolado que una Orden nueva. ¡Obra inmortal por cierto de *Domingo*! En efecto, concibió el proyecto de ella; pero ¿que lengua habrá tan eloqüente que pueda darle toda la extension que merece? Lo cierto es, que los individuos de ella son unos hombres que oponen á todos los vicios todas las virtudes

(1) I. Macab. 14. 4.

des, á la yana y engañosa ciencia la ciencia de los santos, y á los prestigios del error las luces de la verdad: unos hombres reunidos por la confesion de un generoso desinterés y de una pobreza voluntaria: unos hombres capaces de confundir al error, de sostener á la Iglesia y de llevar desde un polo á otro la luz de la fé: en suma, unos hombres, cuyo distintivo será el de anunciar la palabra de Dios y ser siempre Apóstoles del universo. Tal es el poderoso socorro que proporcionó *Domingo* á la Iglesia. Este vasto designio le observaba Roma con admiracion, y por lo mismo parecia que dudaba se executase. Sí, señores, él se executará: el suceso lo da á conocer desde el principio. Levántase, pues, la nueva Orden y la confirma un concilio general. No tardaron mucho en acudir con apresuracion las ciudades, provincias y reynos para oír á nuestro Apóstol en la persona de sus hijos.

Pasábase el tiempo y se multiplicaban los prodigios, heredando los discípulos el espíritu del maestro. Ya habia muerto su fundador y triunfaba todavía su zelo del furor de la herejía. Habia muerto y creía la fé que le estaba viendo aun confundir á la incredulidad por su ciencia, y estimular á la virtud con sus exemplos. Habia muerto; pero ah! no recordemos aquel momento fatal en que le arrebató la muerte á la Religion: no le recordemos, digo, sino para admirar el heroísmo de sus últimos sentimientos. Murió *Domingo*. Mas ¿que es lo que veo? defendido con las armas de la penitencia, exhorta y ánima á sus discí-

ípulos, no á caminar por sus pasos, porque le parecia que habia correspondido muy ligeramente á la grandeza de su vocacion, sino que les exhorta y ánima para que siempre tengan por enemigos á los que lo son de la Iglesia, animándoles y exhortándoles tambien para que todo lo emprendiesen y sacrificasen por la gloria de la Religion. Murió *Domingo*: mas ¿á quantas Iglesias ha comunicado su espíritu este nuevo Elías? *Gloria ejus omnibus diebus.* ¿Por que reyno no se han esparcido los rayos de este sol?

Pedro de Verona, que fué el ornamento, el apoyo y la víctima de la fé, le hizo revivir en Italia. La Polonia se persuadió ver su Apostolado en el de Jacinto. Però ¡que resplandor tan inmortal comunica á la Orden de *Domingo* el prodigio de erudicion y virtud que encierra en sí! Dígalo aquel ingenio profundo, universal y superior de Santo Thomas de Aquino, con el que parece haber dado á las ciencias un nuevo ser, y merecido por lo mismo que se le tuviese por el Aguila de la Teología, el Angel de las Escuelas, el oráculo del mundo y la admiracion de todos los siglos. A *Domingo*, pues, estaba reservado dar á la Iglesia, si me es permitido hablar así, en un humilde religioso el mas sabio de los santos y el mas santo de los sabios. ¡Quantos nombres célebres pudiera yo citar todavía si me quisiera detener! ¿Queréis que os haga mencion de aquellos que instruyeron con sus virtudes á todos los estados? En Vicente Ferrer admiro el modelo de los Apóstoles: en Antonino se ve la gloria

Tom. III. Y del

del Episcopado ; Raymundo y Beltran admiran al claustro y al mundo ; Catalina de Sena brilla en Europa ; en América hace ver Rosa de Lima los prodigios de una penitencia inaudita ; Alberto y Lasitanto llenan á la Iglesia del mas vivo resplendor. Infinitos son los que dexo de nombrar por no molestaros. Perdonad, ilustres discipulos del gran *Domingo*, perdonad si no os he dado las alabanzas que merecis. ¿Que puedo yo añadir con mi elogio á los sufragios del universo? Yo veo en vosotros unos nuevos Domingos : sí, señores, veo en vosotros á esos hombres que son los árbitros de los sabios, esos hombres condecorados con la púrpura Romana, esos hombres que han mantenido la Tiara con tanta dignidad ; ellos son los que formarán siempre la gloria de *Domingo*. La del hijo siempre resulta en favor del padre. *Gloria ejus omnibus diebus*. De este modo es del que recompensó Dios la virtud de nuestro Santo, quien como predicador lleno de zelo defendió las pruebas mas delicadas, y sufrió los mas penosos trabajos. Estad todos los que habeis sido llamados al propio ministerio, estad la caridad, la sabiduría y la paciencia de tan perfecto modelo. Permita Dios que corone el cielo vuestros trabajos con una gloria que la embidia de los ribales, la corrupcion del mundo, y los siglos venideros se vean precisados á respetar, para que despues de haber sido los admiradores de *Domingo* sobre la tierra participéis de su recompensa en el cielo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

TA-

TABLA

DE LOS PANEGÍRICOS

que contiene este Tomo.

<i>Panegirico de Santa Isabel.</i>	Pág. 3
<i>De San Ciro, y Santa Julita.</i>	38.
<i>De San Francisco Xavier.</i>	66.
<i>De San Vicente de Paulo.</i>	135.
<i>De San Sulpicio.</i>	178.
<i>De Santiago Apóstol.</i>	231.
<i>De San Desiderio.</i>	266.
<i>De Santo Domingo de Guzman.</i>	307.